

MICHEL FOUCAULT EN CLAVE CONTEMPORÁNEA: UNA INTERROGACIÓN Y UNA APUESTA POR LA ACTUALIDAD DE SU PRODUCCIÓN ^[1]

Michel Foucault in contemporary key: An analysis and a bet on the current relevance of his work

Ana Laura Pinto

CONICET –UBA –UNR
Rosario, Santa Fe, Argentina
pinto-analaura@hotmail.com

Abstract

This paper analyses the contemporary ways in which power is exercised based on Michel Foucault's writings in order to initiate a dialogue between his studies on the main mechanisms of government and some later interpretations that - recovering his thought - have been dedicated to unravel the development of new forces emerging in our time. Particularly, we refer to the conception about the "societies of control" of Gilles Deleuze and the perspectives on surveillance of David Lyon and Reginald Whitaker - distinguished exponents of the Anglo-Saxon thought in this matter. We inquire about their continuities and breaks in relation with Foucaultian arguments, as well as we explore the potentials and limits of this thought at present, in which Foucault's current relevance is decided.

Besides, from this dialogue, we discuss modes of links between different mechanisms of power, emphasizing in the role played by the (declining) disciplines and the production of imminent, constant and close dangers within the context of an apparent withdrawal of power.

Keywords: governmentality; societies of control; surveillance; disciplinary power; dangerousness.

Resumen

El trabajo problematiza las formas contemporáneas de ejercicio de poder partiendo de la producción de Michel Foucault para inmediatamente entablar un diálogo entre sus formulaciones acerca de los principales mecanismos de gobierno y algunas líneas interpretativas que posteriormente -retomando y valorando sus planteos- se abocaron a desentrañar las modalidades de nuevas fuerzas emergentes en nuestra época. Puntualmente, referimos a la lectura sobre las "sociedades de control" de Gilles Deleuze y a las perspectivas sobre la vigilancia de David Lyon y Reginald Whitaker -destacados exponentes del pensamiento anglosajón al respecto. Nos interrogamos por sus continuidades, profundizaciones y distanciamientos con relación a las formulaciones foucaulteanas, a la vez que exploramos las potencialidades y límites de éstas en vistas a la coyuntura actual, en lo cual se juega su vigencia.

Asimismo, a partir de dicho diálogo, analizamos formas de entrecruzamientos y articulaciones entre distintos mecanismos de poder, puntualizando en el papel que juegan las (declinantes) disciplinas y la producción de peligros próximos, inminentes, constantes, en el marco de un aparente repliegue del poder.

Palabras claves: gobierno, sociedades de control, vigilancia, poder disciplinario; peligrosidad.

1. INTRODUCCIÓN

El presente trabajo, partiendo de la producción de Michel Foucault acerca de los mecanismos de ejercicio del poder, intenta problematizar lecturas que han tomado esa posta para discutir las formas emergentes de nuevas fuerzas contemporáneas. Se trata fundamentalmente de entablar un diálogo entre las tecnologías foucaulteanas, las sociedades de control de Gilles Deleuze y la vigilancia contemporánea leída por David Lyon y Reginald Whitaker, dos exponentes del pensamiento anglosajón al respecto. Ello siguiendo el interrogante sobre las continuidades, profundizaciones o, incluso, distanciamientos que las interpretaciones más recientes mantienen con relación a las formulaciones foucaulteanas.

Para ello, presentamos en primera instancia una breve caracterización de los mecanismos de poder identificados por Foucault, enfatizando en algunos rasgos que resultarán de importancia a los fines de aquel pretendido diálogo.

En un segundo momento, trabajamos la apuesta deleuziana condensada en la noción de “sociedades de control”, en la cual Deleuze encuentra una vía de renovación del pensamiento de foucaulteano sobre la sociedad disciplinaria, dado que como el mismo Foucault vislumbraba hacia fines de los años '70, las disciplinas son la historia de aquello que estamos dejando de ser.

En una tercera instancia, introducimos a los dos últimos invitados a la discusión, cuyos planteos traen a primer plano a la vigilancia -que en la teoría foucaulteaña componía un entramado junto con el control del espacio, de la visibilidad, del tiempo y de los movimientos-, conduciéndola a un lugar preponderante en tanto capaz de definir los modos contemporáneos de despliegue de nuevas formas de control. En este esquema, la figura del panóptico devendrá central intentando problematizar las distancias que separan a sus modalidades más recientes respecto de su clásica concepción disciplinaria.

Por último, focalizaremos en las articulaciones entre las modalidades disciplinarias -que si bien en tanto estrategia dominante se encuentran en crisis, no desaparecen- y las formas contemporáneas que buscan intervenir lo menos posible y de forma discreta. Asimismo, puntualizaremos en la producción de peligros -de manera cotidiana y perpetuamente reactualizada- en tanto componente esencial de estas nuevas prácticas.

2. JUGADA CARTOGRÁFICA

“Pequeños ardides dotados de un gran poder de difusión, acondicionamientos sutiles, de apariencia inocente, pero en extremo sospechosos, dispositivos que obedecen a inconfesables economías, o que persiguen coerciones sin grandeza”

Michel Foucault ^[2]

La producción de Michel Foucault se ha abocado en gran parte a desandar las transformaciones en los mecanismos de ejercicio de poder, siguiendo los pasos de una lectura audaz: la progresiva expansión de modalidades cada vez más ligeras, sigilosas e imperceptibles, menos directamente restrictivas y coactivas a través de mecanismos naturalizados; inscriptos en los cuerpos e internalizados; “incorporados”. Un poder dulcificado, pero de ningún modo replegado, sino que, al contrario, siendo menos visible, se vuelve más penetrante, invasivo y eficiente. Es así que, la apuesta de Foucault se juega, podríamos afirmar, en desentrañar las formas en que se despliega la economización del poder. En ese recorrido reconstruye un conjunto tecnológico de doble frente bajo las figuras de las tan mentadas disciplina y seguridad. Tecnologías atravesadas por la concepción del poder en términos de gobierno, en contraposición por lo general –si bien no de modo concluyente- a la soberanía.

El poder como gobierno consiste en “estructurar un campo posible de acción” ^[3], lo cual implica el despliegue de modos de actuar que no operan directa e inmediatamente sobre los otros sino sobre sus posibilidades de acción. Gobernar es entonces, *conducir conductas*, propias y ajenas. De este modo, De Marinis sostiene que el gobierno es para Foucault una “forma de actividad práctica que tiene el propósito de conformar, guiar o afectar la conducta de uno mismo y/o de otras personas” ^[4]. Definido en estos términos, el gobierno puede comprender no sólo una gama amplia y diversa de acciones concretas sino también virtuales, potenciales. En términos generales, valga la definición dada por Beatriz Dávila y Marisa Germain: “gobernar, la invención de técnicas de gobierno, supone la invención de modos de dirigir las acciones reales o virtuales de uno mismo y de los otros, orientándolas, induciéndolas” ^[5]. En la raíz de esta concepción reside la percepción del poder en términos positivos y no meramente ni esencialmente constrictivos o represivos. Un poder que produce prácticas de objetivación y subjetivación, induce placeres, genera y pone en circulación discursos, saberes y verdades.

El esquema señalado define una clave de lectura que supone una apuesta de interpretación, una “jugada cartográfica” -con sus limitaciones y potencialidades- efectuada en relación a la producción foucaultiana. Jugada que se emplaza sobre el terreno de un pensamiento en constante movimiento, que traza nuevas líneas, que redefine y hace tambalear las existentes. Como sostiene Michel Senellart, un pensamiento “aficionado por el laberinto” ^[6], siendo por ello que esta jugada corre el riesgo de encorsetar un pensamiento que no deja de interrogarse a sí, que busca problematizar en lugar de clausurar. Y sin embargo, la emprendemos, la defendemos, porque aún asumiendo esos riesgos, apostamos a su potencialidad y productividad no tanto o no sólo en relación a la comprensión del pensamiento foucaultiano sino fundamentalmente a la de nuestro presente.

Se impone, por tanto, una advertencia en aras de respetar la complejidad de la producción foucaultiana. La delimitación de los mecanismos de poder identificados por Foucault no supone una sucesión cronológica ni una exclusión mutua sino que, por el contrario, asume su co-presencia evidenciando, no obstante, relevos al nivel de la direccionalidad estratégica. En otros términos, las tecnologías son coexistentes pero con correlaciones variables que definen a aquella predominante en determinado

contexto histórico. En cada uno de esos regímenes así definidos se enfrentan las liberaciones y las servidumbres^[7].

Soberanía es para Foucault, la forma predominante en que se ejercía el poder durante la Edad Media y hasta los SXVII-XVIII^[8]. Su carácter distintivo -y por el cual, podría ser considerada en oposición al ejercicio del gobierno-, residiría en que constituye una tecnología de poder que se manifiesta esencialmente de forma negativa ya sea sustrayendo, prohibiendo, reprimiendo, expulsando o marginando. Fiel reflejo de ello es el tratamiento que por entonces se daba a quienes padecían de lepra, el cual es justamente retomado por Foucault a título ejemplificativo de esta disposición soberana del poder. El mismo encierra un procedimiento de exclusión forjado fundamentalmente mediante un conjunto jurídico de leyes y reglamentos, que permitía introducir una división masiva y binaria entre quienes eran leprosos y quienes no lo eran. “Era una práctica social que implicaba, en principio, una partición rigurosa, una puesta a distancia, una regla de no contacto entre un individuo (o grupo de individuos) y otro”^[9]. Incluía, asimismo, el exilio siendo el leproso expulsado más allá de los límites de la ciudad, dejándolo perderse en una masa que importaba poco diferenciar. Por lo tanto, conlleva una tecnología negativa que se evidencia aquí a modo de rechazo, de marginación hacia un espacio de exclusión pero que también puede expresarse bajo la forma más cotidiana y ordinaria de la apropiación parcial de los productos de la tierra, del tiempo de los súbditos o de sus servicios.

Concomitantemente, el ejercicio del poder recurre a elementos esencialmente negativos de prohibición y de sanción sobre la base de una “partición binaria entre lo permitido y lo vedado y un acoplamiento (...) entre un tipo de acción prohibida y un tipo de castigo”^[10]. Es así que, es formulado como derecho y recubierto por un discurso jurídico-político. Como sostiene Edgardo Castro, para Foucault “desde la Edad Media la elaboración del pensamiento jurídico occidental siempre ha tenido como eje la figura del rey. En occidente, el derecho es derecho real”^[11]. El discurso y la técnica del derecho han tenido básicamente la función de disolver dentro del poder el hecho histórico de la dominación y de hacer aparecer en su lugar los derechos legítimos de la soberanía y la obligación legal de obediencia.

Asimismo, el tratamiento de la lepra denota que el ejercicio soberanía carece de una función individualizadora en relación a aquellos sobre quienes se ejerce. Marca los cuerpos pero no le interesa moldear sujetos individualizados. En este sentido, sólo concierne a los cuerpos de manera discontinua, ocasional e incidental. Supone un ejercicio no constante sino intermitente, que procede de tanto en tanto a actualizar la relación de soberanía en manifestaciones rituales, por lo general ostentosas, onerosas y derrochadoras, ya sea de majestuosidad o de crueldad.

No obstante, si bien la soberanía abarca vínculos absolutamente heterogéneos entre sí como la relación del señor con el siervo, la del sacerdote con los habitantes de una parroquia y la del padre con sus hijos y mujer, en el cuerpo del soberano recae una individualización tendencial muy fuerte, en tanto vértice en el cual convergen esas múltiples y heterogéneas relaciones. Precisamente, la individualización en la cima es correlativa de la falta de individualización de los elementos a los cuales se aplican relaciones no isotópicas y no integrables en una medida común que las reúna dentro de un sistema único^[12].

En este sentido, como sostiene Deleuze “cada dispositivo tiene su régimen de luz, la manera en que ésta cae, se esfuma, se difunde, al distribuir lo visible y lo invisible, al hacer nacer o desaparecer el objeto que no existe sin ella”^[13]. Así, se advierte que la soberanía funda el poder en torno de la existencia física del soberano, del rey en su individualidad, con su cuerpo de rey. Ahora bien, resulta indispensable también que ese cuerpo del rey, que une en sí todas las relaciones de soberanía, no perezca ante la desaparición del monarca, tras su fallecimiento. La monarquía debe permanecer y de

allí, la curiosa articulación en la cima de la relación de soberanía entre, por un lado, la individualización del soberano y, por otro, la multiplicación de los cuerpos del rey. Por lo tanto puede decirse que, en su extremo inferior, la relación de soberanía implica “cuerpos pero no individualidad”, mientras que, en su extremo superior, conlleva “una individualidad pero una multiplicidad de cuerpos”^[14].

Ahora bien, Foucault advierte que si hemos asistido a una democratización de la soberanía bajo la forma de una soberanía colectiva ello ha sido posible “en el mismo momento, en la medida en que y porque esa democratización estaba lastrada en profundidad por los mecanismos de la coerción disciplinaria”^[15]. Esta cuadrícula disciplinaria en ningún caso puede ser trascrita dentro del derecho, si bien éste es su acompañamiento necesario. Posee su propio discurso, sus propios aparatos de saber-poder, que invadiendo sin cesar desde el siglo XVIII dominios cada vez más amplios, provocarán una mutación en la modalidad de ejercicio del poder.

La figura disciplinar por excelencia es el panóptico ideado por Bentham y recuperado posteriormente por Foucault. Dispositivo de visibilidad o, mejor dicho, administrador de una peculiar economía de la visibilidad que posibilita a una sola mirada verlo todo permanentemente y sin ser vista, conduciendo a aquellos sobre quienes se ejerce a ser el principio de su propio sometimiento. Juego de luces y de sombras que impone una sujeción real a partir de una relación ficticia, independiente de quien la ejerce de modo de “inducir en el detenido un estado consciente y permanente de visibilidad que garantiza el funcionamiento automático del poder”^[16]. Precisamente, si el poder disciplinario puede aligerar su peso físico, puede ser más económico en su ejercicio y generar menores resistencias es precisamente porque tiende a ejercerse como “un tipo de poder del espíritu sobre el espíritu”^[17]. En este sentido, apunta hacia el porvenir confiando que la vigilancia no será más que virtual y la disciplina se convertirá en un hábito^[18].

La fuente de poder, por lo tanto, se ha desindividualizado a la vez que no precisa recurrir, en principio al menos, a manifestaciones fastuosas y coercitivas para obligar a las conductas deseadas. Poder discreto, entonces, sin nombre y sin rostro, que apuesta a funcionar de modo silencioso. Pero a su vez, poder que todo lo penetra aferrándose a los cuerpos, tomando en cuenta sus aspectos más ínfimos. Ello a partir de una visibilidad unidireccional y axial que disociando el binomio ver-ser-visto es la trampa perfecta para capturar a un sujeto que es así individualizado, capturado en sus detalles, en su singularidad somática.

Microscopio de la conducta que activa una vigilancia anatómo-política del cuerpo para su descomposición analítica al nivel de sus gestos, movimientos, palabras, tiempos y comportamientos introduciendo, así, una variación de importancia en la escala del control en comparación con el proceder propio de la soberanía: el cuerpo individual es puesto en primer plano y trabajado en sus partes. De allí que, mientras el leproso quedaba prendido a una práctica del exilio-clausura dejándolo perderse en una masa que importa poco diferenciar, la finalidad de los dispositivos disciplinarios es la individualización de los sujetos a los cuales se aplica, abrochando la función-sujeto a la singularidad somática. El individuo no será sino cuerpo sujetado. En cambio, la individualización en la cima propia de la soberanía será borrada ya que quien ejerce el poder disciplinario no es tanto un individuo como la función que éste desempeña.

Es por ello que el panóptico no sólo constituye un aparato de observación continua, sino que se erige como un “panoptismo pangráfico”^[19] que registra la conducta ininterrumpidamente. Visibilidad y registro totales serán compañeros inescindibles de una disciplina que actúa como “captura exhaustiva

del cuerpo”^[20], contribuyendo a formar cierto tipo de saber en el ejercicio del poder, como su efecto pero también como su condición; saber que es extraído de los propios individuos a partir de su comportamiento. “Poder epistemológico, poder de extraer un saber de y sobre estos individuos ya sometidos a la observación y controlados. (...) Además de éste hay un segundo saber que se forma de la observación y clasificación de los individuos, del registro, análisis y comparación de sus comportamientos”^[21]. Las disciplinas, así, han sido, desde la lectura foucaultiana, la matriz política de las Ciencias Humanas.

Este dominio sobre el cuerpo se asienta en la articulación entre las leyes de la óptica y la escritura propias de la anatomo-política disciplinar. Ahora bien, si ello es posible es sólo en tanto el panóptico conlleva, asimismo, una particular estructura arquitectónica. Las disciplinas despliegan un arte de la distribución espacial de los cuerpos en tanto requieren descomponer las implantaciones colectivas, las pluralidades confusas y huidizas, ligando a cada cuerpo a una localización determinada. La multitud, entonces, es cancelada en favor de una colección de individualidades separadas, o mejor dicho, de la individualización de las multiplicidades^[22]. Así, Deleuze nos advierte que “para las disciplinas, (...) el poder es al mismo tiempo masificador e individualizante, es decir, forma un cuerpo con aquellos sobre quienes se ejerce al mismo tiempo que moldea la individualidad de cada uno de los miembros”^[23].

Se constituye así “un espacio vacío y cerrado en cuyo interior se construirán multiplicidades artificiales”^[24], aspecto que resultará esencial en las posteriores discusiones acerca de las formas de vigilancia contemporánea, como veremos más adelante. Por lo tanto, advertimos que a nuestro entender el calificativo “cerrado” comprende la disposición de una específica estructura edilicia, sin que ello implique necesariamente una “clausura” si por ésta se entiende la especificación de un lugar heterogéneo a todos los demás y cerrado sobre sí mismo. Este principio de clausura es pasible de ser encontrado en las instituciones disciplinarias pero no suficiente ni, menos aún, necesario o indispensable. Tributa a esta interpretación la percepción foucaultiana respecto de que los complejos disciplinarios tienden a funcionar como una “red institucional de secuestro”^[25] dando cuenta con ello de que en su funcionamiento cotidiano las instituciones pedagógicas, médicas, penales, industriales, entre otras, se confunden y entrecruzan en la tarea de contemplar el control de los individuos. Ello supone que, a diferencia de las relaciones de soberanía, prima entre los diferentes sistemas disciplinarios la articulación entre sí más que su incompatibilidad o conflicto y en este sentido, “son isotópicos, o al menos, tienden a la isotopía”^[26]. Favorece asimismo esta línea argumental que el panóptico sea comprendido, por Bentham y Foucault, como un modelo generalizable, polivalente en sus aplicaciones; una tecnología política que es necesario separar de todo uso específico.

En consonancia con la mencionada estructuración del poder en su nivel más fino y capilar, las disciplinas intervienen dividiendo el espacio en zonas, de modo que a cada individuo se asigne su lugar y en cada emplazamiento haya un individuo. Ahora bien, las disciplinas constituyan espacios complejos no sólo arquitectónicos sino a la vez funcionales y jerárquicos. Es así que, se establecen ubicaciones funcionales vinculando las disposiciones espaciales a la distribución de operaciones y actividades así como también se clasifican los elementos así constituidos.

Clasificación que procede primeramente, refiriendo los actos y las conductas a un conjunto que es, a la vez, campo de comparación, espacio de diferenciación y principio de una regla que oficia de umbral mínimo a alcanzar, término medio que respetar o grado óptimo al que aproximarse. Así, los individuos son diferenciados unos respecto de otros y en función de dicha regla. Sus capacidades, aptitudes y competencias son jerarquizadas en términos de valor traduciendo en un rango su supuesta “naturaleza”. Es así que se ejerce una presión tendiente a la homogeneización y se traza el límite que habrá de definir

la diferencia respecto de todas las diferencias, la frontera exterior de lo anormal. Esta sucesión de pasos en su conjunto componen el cuadro de la normalización disciplinar ^[27].

Así, una clasificación exhaustiva produce lo inclasificable; la existencia necesaria de residuos que adoptan figuras variables conforme las lógicas institucionales de referencia (desertor, débil mental, delincuente, entre otros) ^[28]. Situación que conduce a la aparición de “sistemas disciplinarios complementarios que pueden recuperar a esos individuos, y así al infinito” ^[29]. Se trata por lo tanto de un sistema que se auto-alimenta asignándose la función de controlar, aquello que precisamente induce. De este modo, se comprende la doble propiedad -anomizante y normalizadora- del poder disciplinario ^[30].

No obstante, si bien la exclusión es uno de sus efectos, las disciplinas tienen como finalidad primordial, no excluir, sino fijar a los individuos a un aparato de normalización ^[31]. “Trátese, entonces, de una inclusión por exclusión” ^[32]; reacción de inclusión, observación, formación de un saber, multiplicación de los efectos de poder a partir de ese saber siendo así una intervención positiva. Por consiguiente, sería posible distinguir una disciplina general, formativa, de una disciplina que es fundamentalmente correctiva interpelando a sujetos que no son capaces de mantenerse dentro de los “márgenes de normalidad”.

En relación con ello, cabe añadir que el rango sintetiza un reparto no sólo clasificatorio sino también punitivo. Equivale, en sí mismo, a castigo o recompensa, en una dinámica por la cual olvida al acto y se liga al “ser”. Señala no una trayectoria en el orden de la acción sino una naturaleza en la dimensión del ser. Sobre esa base se erige una micropenalidad, que funciona en el corazón de todos los sistemas disciplinarios y tiende a tornar punibles los elementos aparentemente indiferentes e inaprensibles ^[33]. Así como en la tarea de capturar el cuerpo ningún detalle debe escapar al poder disciplinario, las más pequeñas fracciones de la conducta deben ser susceptibles de castigo. Las disciplinas “reticulan un espacio que las leyes dejan vacío”, estableciendo una “infra-penalidad” ^[34] a la cual le compete todo lo que no se ajusta a la norma, lo que se aleja de ella, las desviaciones, el dominio indefinido de “lo no conforme”.

Microeconomía de la penalidad perpetua que tiende a intervenir sin descanso en el nivel mismo de lo que sucede, o mejor dicho, desde el primer instante, el primer esbozo, antes del propio acto si es posible, en el plano de la virtualidad, la voluntad, la disposición, el alma ^[35]. Penalidad que tendiendo a actuar antes del acto si es posible, paradójicamente despliega castigos correctivos, por medio de la insistente reiteración en la norma.

Estas técnicas invaden el ejercicio del derecho; penetran y trastocan la administración de los castigos en su más amplio sentido; imponen una nueva economía del poder en las entrañas de la soberanía. Sin embargo, no la desbancan sino que se extienden sobre su base.

Por último, se nos presentan los mecanismos de seguridad. Técnicas que no actúan impidiendo, fijando, erradicando o apartando, sino que en primer término y fundamentalmente “dejan hacer” procurando influir sobre la realidad misma de las fluctuaciones y oscilaciones que conlleva un acontecimiento puntual de modo que progresivamente quede compensado, neutralizado y regularizado. Se trata, así, de lograr el equilibrio entre los elementos positivos y negativos de una determinada realidad naturalizada.

“Dejar hacer” constituye un principio absolutamente necesario, a fin de evitar intervenciones torpes y asfixiantes, tan comunes a las reglamentaciones disciplinarias. No obstante, no es un principio absolutamente ilimitado e irrestricto sino sólo en la medida en que el objeto primordial de gobierno, la

población, no se vea afectado por dicho acontecimiento. Por esto, la población es simultáneamente lo que motiva y a la vez lo que limita a dicho “dejar hacer”.

La permisividad será, entonces, indispensable al nivel de determinados individuos, grupos o multitudes^[36], posibilita que sean alcanzados por la dinámica acontecimental. Indispensable, entonces, ya que constituye el instrumento para regular en el nivel pertinente, la población.

En este sentido, la introducción de los mecanismos de seguridad conlleva la aparición de una técnica política que se dirige al medio, entendido como espacio en el que se despliegan series de elementos que al ser considerados en sí, individualmente, se presentan como aleatorios e imprevisibles pero que a nivel colectivo manifiestan constantes. Elementos que han de ser asumidos como datos. Frente a los mecanismos prohibitivos de la ley y los prescriptivos de las disciplinas, la seguridad -aunque eventualmente emplee instrumentos ligados a esas funciones-, pone en juego elementos de lo real a fin de que el fenómeno en cierto modo se anule a sí. Es así que, es posible concebir a la población como conjunto de procesos que es menester manejar en su realidad efectiva, es decir, en y a partir de la certeza de su advenimiento. Respecto de los mismos, se tratará de maximizar los aspectos favorables y minimizar los aspectos riesgosos e inconvenientes a partir de la construcción de curvas de la normalidad sobre la base de un cálculo de costos y la definición de una media considerada óptima así como de límites de lo aceptable -en términos económicos y sociales- que no se deben traspasar.

Así, mientras para las disciplinas lo primero y fundamental es la norma, el modelo óptimo, y la operación de normalización procura que los actos, los gestos, los movimientos, se ajusten a ese modelo; conforme los dispositivos de seguridad habrá un señalamiento de diferentes curvas de normalidad, y la intervención de normalización consistirá en hacer interactuar esas diferentes atribuciones de normalidad y procurar que las más desfavorables se asimilen a las más favorables.

Tecnología regularizadora, por lo tanto, susceptible de diversas aplicaciones; dispositivos abiertos y con una tendencia constante a ampliarse; centrífugos^[37]. A diferencia de la circunscripción disciplinaria de un espacio dentro del cual sea posible el despliegue de mecanismos minuciosos y exhaustivos, los mecanismos de seguridad operan en circuitos abiertos tendiendo a integrar sin cesar nuevos elementos^[38].

El tratamiento de la variolización suscitado a fin de atacar la propagación de la enfermedad endemoepidémica de la viruela se ofreció a Foucault como dispositivo típico por el que operan las técnicas regularizadoras. Lo llamativo de éste es que “no procuraba tanto impedir la viruela como, al contrario, provocar en los individuos inoculados algo que era la propia viruela; (...) sobre la base de esa suerte de pequeña enfermedad artificialmente inoculada era posible prevenir los otros ataques eventuales de la viruela”^[39].

Se trata, por tanto, de un proceder activamente dirigido a excluir un peligro por medio de su inclusión en dosis controladas; una práctica homeopática que excluye incluyendo y afirma negando. Este aspecto puntual será abordado más pormenorizadamente por Roberto Esposito en relación a la noción de *inmunidad*. Se trata de una noción que, podríamos decir, se cruza con las referencias a la inoculación hechas por Foucault en el curso dictado en 1977-1978, si bien ello no es explícitamente asumido por él. En este sentido, consideramos que el mecanismo inmunitario ya estaba presente, si bien no abordado detalladamente, en *Seguridad, territorio, población*.

Los avances en el campo bio-médico a través del pasaje de una forma de inmunidad natural a otra adquirida, han trastocado la noción misma de inmunidad en tanto ésta ya no expresa la condición de refractariedad del organismo ante el peligro de contraer una enfermedad contagiosa, sino un proceder

activamente inducido por el que es posible “proteger la vida haciéndole probar la muerte”^[40]. El mal debe enfrentarse sin alejarlo de los propios confines sino incluyéndolo dentro de éstos. Así, será posible concebir que “una forma atenuada e inducida de infección pueda proteger de una más virulenta del mismo tipo”^[41]. Enfermedad y salud ya no se disponen en un eje de contraposición frontal sino según una regla que hace de una, el contrario sí, pero también, y sobre todo, el instrumento de la otra. La figura que así se bosqueja es una exclusión mediante inclusión^[42].

Se erige así el valor irreductiblemente ambivalente del *phármakon* como lo que se opone a su otro sin excluirlo, sino, por el contrario, incluyéndolo y sustituyéndolo de una manera vicaria. Es el mal y a la vez cuanto se le opone.

Lo interesante del aporte espositiano es que el paradigma inmunitario trae a primer plano el juego -sólo en apariencia paradójico- entre protección y negación manifestando la relación inescindible, inextricable, entre inclusión y exclusión como dos términos que no existen separados para luego acoplarse sino que son necesariamente siempre ya correlativos^[43].

Finalmente, señalamos que el análisis de los mecanismos de seguridad en relación a la población condujo a Foucault a dar mayor relevancia en sus teorizaciones al concepto de “gobierno”. Como él mismo argumenta, “a través del análisis específico de los dispositivos de seguridad, traté de ver cómo aparecen los problemas específicos de la población y, observando de cerca estos problemas, fui rápidamente conducido al problema del gobierno”^[44].

Es así que en su genealogía de la gubernamentalización del Estado, Foucault encuentra una suerte de correspondencia entre el despliegue de una forma de gobierno liberal y de los mecanismos de seguridad, en el sentido de que el liberalismo exige para su funcionamiento el empleo predominante de dichos mecanismos como una condición ineludible.

Así, el mencionado principio de “dejar hacer” adquiere nuevos bríos. Precisamente, en la base del gobierno liberal reside el principio de autolimitación interna del gobierno a partir de la división entre “agenda y non agenda” en el intento de evitar intervenciones innecesarias. La cuestión de la frugalidad está en el corazón de esta forma de gobierno que, por lo tanto, se presenta como “arte de gobernar lo menos posible”^[45]. Esto por supuesto no representa un “repliegue del poder”, en tanto no se trata de “menos poder” ni tampoco de “menos Estado” sino de una situación nueva^[46]. Este arte de gobierno asume como objetivo garantizar el desenvolvimiento del curso “natural” de los acontecimientos y de allí la inscripción de la libertad en su sentido moderno como libertad de circulación. Los mecanismos de seguridad, en tanto se sitúan en el juego de la realidad consigo misma, están profundamente ligados al principio general del liberalismo: dejar hacer, pasar y transcurrir significa hacer de tal modo que la realidad siga su curso. Los pormenores e implicancias de esta relación entre seguridad y libertad serán retomados en el último apartado.

Habiendo reconstruido algunas de las caracterizaciones propias de los mecanismos trabajados por Foucault, continuaremos en el resto del trabajo problematizando líneas interpretativas que, sobre la base de su obra, han indagado o aún indagan cómo se ejerce contemporáneamente el poder.

3. PROBLEMATIZACIONES DELEUZIANAS EN TIEMPOS DE CONTROL

“No es necesaria la ciencia ficción para concebir un mecanismo de control que señale a cada instante la posición de un elemento en un lugar abierto, animal en una reserva, hombre en una empresa (collar electrónico). Félix Guattari imaginaba una ciudad en la que cada uno podía salir de su departamento, su calle, su barrio, gracias a su tarjeta electrónica (dividual) que abría tal o cual barrera; pero también la tarjeta podía no ser aceptada tal día, o entre determinadas horas: lo que importa no es la barrera, sino el ordenador que señala la posición de cada uno, lícita o ilícita, y opera una modulación universal”.

Gilles Deleuze^[47]

Gilles Deleuze, a partir de la imagen de las “sociedades de control”, arroja algunas líneas en vistas a desentrañar las formas contemporáneas de ejercicio del poder sobre la base de las formulaciones de Michel Foucault. Es así que, especialmente en un texto breve pero plagado de interrogantes y disparadores como lo es la “Posdata sobre las sociedades de control”, Deleuze, problematiza las técnicas y mecanismos predominantes en su presente inmediato por contraposición a los disciplinarios señalando continuidades pero especialmente diferenciaciones y rupturas entre ambos complejos tecnológicos.

Puntualiza en que las disciplinas descritas por Foucault, como él mismo percibe, son la historia de lo que estamos dejando de ser frente a nuevas fuerzas, nuevos dispositivos, que emergieron lentamente y se precipitaron tras la segunda guerra mundial. “Son las sociedades de control las que están reemplazando a las sociedades disciplinarias”^[48].

En este sentido, Deleuze advierte que las instituciones disciplinarias han entrado en una instancia “crítica”, y de lo que se trata es de administrar su lenta desaparición. “Claro que no se deja de hablar de prisión, de escuela, de hospital: instituciones que están en crisis. Pero si están en crisis es precisamente en los combates de retaguardia. (...) Los ministros competentes no han dejado de anunciar reformas supuestamente necesarias. Reformar la escuela, reformar la industria, el hospital, el ejército, la prisión: pero todos saben que estas instituciones están terminadas, a más o menos corto plazo. Sólo se trata de administrar su agonía y de ocupar a la gente hasta la instalación de las nuevas fuerzas que están golpeando la puerta”^[49].

Este apartado habilitaría a deducir que la relación entre los mecanismos de poder se da a modo de relevo o sustitución. No obstante, las situaciones ilustrativas que se mencionan posteriormente conducen, más bien, a la idea de que las nuevas fuerzas se introducen en los espacios institucionales, modificando su lógica de funcionamiento, sin que ello conlleve la desaparición de las técnicas disciplinarias y mucho menos de las instituciones mismas. En esta línea afirma, por ejemplo: “En el *régimen de prisiones*: la búsqueda de penas de <sustitución>, al menos para la pequeña delincuencia, y la utilización de collares electrónicos que imponen al condenado la obligación de quedarse en su casa a determinadas horas. En el *régimen de las escuelas*: las formas de evaluación continua, y la acción de la formación permanente sobre la escuela, el abandono concomitante de toda investigación en la Universidad, la introducción de la <empresa> en todos los niveles de escolaridad”^[50]. De todos modos, este texto – escueto, abigarrado, urgente - impone desentrañar más pormenorizadamente la índole de dicha crisis.

Así, tendemos a considerar que no se trata de la abolición definitiva de las viejas técnicas de poder sino de una modificación que atañe a la correlación que estos mecanismos mantienen entre sí. Es decir, la

cuestión se plantea esencialmente no en términos de exclusiones recíprocas sino más bien de desplazamientos de acentos, de predominios variables, donde lo que se modifica es la tecnología dominante.

Por ende, estaríamos acudiendo a una crisis de la sociedad disciplinaria, por la emergencia de nuevos mecanismos que le disputan su hegemonía, a la vez que se instalan y propagan sobre su base. Una crisis que afecta, por tanto, a la tendencia general que marca el carácter de una época pero que no supone la desaparición de las técnicas disciplinarias. Es así que, si asistimos a la crisis de las instituciones, como sostiene Deleuze, es precisamente en tanto instituciones *disciplinarias*, es decir, que operan predominantemente conforme esa lógica. Las instituciones tienden a permanecer y a reacomodarse a las nuevas lógicas de funcionamiento. No asistimos a la destrucción de la familia, la prisión, la escuela, el hospital o la fábrica.

Aclaración mediante, estamos en condiciones de indagar las claves deleuzianas -someras pero sumamente interesantes- para pensar las formas de control y vigilancia que se imponen contemporáneamente.

El rasgo característico de esos tiempos reside, según Deleuze, en el despliegue de una modalidad de vigilancia que ya no exige el encierro como condición de su funcionamiento sino que se desenvuelve en espacios abiertos -propiedad ya reconocida como típica de los mecanismos de seguridad-. La actualidad se dibuja con “formas ultrarrápidas de control al aire libre, que reemplazan a las viejas disciplinas que operan en la duración de un sistema cerrado”^[51]. Ingresamos, entonces, en sociedades de control que no operan fijando a los individuos a un aparato de normalización, sino que han podido desligarse de su amarre institucional.

En el marco de sociedades disciplinarias, el individuo continuamente es desplazado de un espacio cerrado a otro, cada uno con sus propias reglamentaciones: del ámbito primero de la familia, se pasa luego a la escuela, después al cuartel y posteriormente a la fábrica; esporádicamente acudimos al hospital, y eventualmente a la prisión, siendo ésta el lugar de encierro por excelencia. Por el contrario, en sociedades de control, predominan formas de dominación que se independizan de la exigencia de reclusión en un espacio delimitado y cercado, para pasar a operar en circuitos libres.

Si estos dispositivos pueden operar en espacios abiertos y sin exigir una vigilancia de larga duración es, en gran medida, porque se asientan en dispositivos y máquinas informáticas que tornan innecesarios la monotonía de los procedimientos disciplinarios.

Se trata de dispositivos de control, no sólo abiertos, sino también ultrarrápidos y cortoplacistas a la vez que continuos e ilimitados, a diferencia de la larga duración y discontinuidad disciplinarias^[52]. “En las sociedades de disciplina siempre se estaba empezando de nuevo (de la escuela al cuartel, del cuartel a la fábrica), mientras que en las sociedades de control nunca se termina nada”^[53].

Ello queda claramente evidenciado, por ejemplo, en los supuestos en que se asienta el imperativo de la “evaluación continua” incorporado en establecimientos educativos. El examen ya no es la garantía de paso de un lugar a otro sino la condición que permite la localización múltiple del sujeto en una gama diversa de tiempos. Por ello, pierde relevancia ritual deviniendo una condición que sitúa la promesa de su efecto, pero no para alcanzarlo sino para volverlo incesante y siempre pospuesto^[54]. Es así que si el sujeto que las disciplinas exigen y consiguientemente producen es un productor discontinuo de energía; el sujeto del control, en cambio, remite a una figura ondulatoria, en órbita sobre un haz continuo.

Al respecto, es preciso enfatizar en la distinción deleuziana entre el moldeado disciplinar y la modulación del control. Mientras que la acción de moldear supone dar forma a una materia en y a partir de un molde que organiza sus fuerzas a fin de que en un momento determinado alcance un estado particular; la modulación no se detiene y no cesa de modificar al molde mismo, constituyendo un molde variable, continuo, temporal a partir de una puesta en variación continua de la materia y de la forma ^[55]. Modular es moldear de manera continua y perpetuamente variable. Así, “los encierros son <molde>, módulos distintos, pero los controles son <modulaciones>, como un molde autodeformante que cambiaría continuamente, de un momento al otro, o como un tamiz cuya malla cambiaría de un punto al otro” ^[56].

En este sentido, creemos posible asemejar dicha distinción a la mencionada diferenciación foucaultea entre normalización disciplinaria y normalización propia de los mecanismos de seguridad. Así, el moldeado y la normalización disciplinaria coinciden en partir de la norma, para luego ejercer una presión homogeneizadora a fin de adecuar los elementos dentro de los patrones de normalidad por aquellos reconocidos; mientras que la modulación y la normalización regularizadora, parten ambos de los datos reales para hacerlos jugar y a partir de ese juego compensar, neutralizar, regular, definiendo la norma (o más bien curvas de normalidad) sólo al final de ese camino y asumiendo que serán trastocadas y reformadas por nuevos acontecimientos.

Por otra parte, Deleuze, retomando a Foucault, afirma, que el poder disciplinario es la vez individualizador y masificante en tanto se focaliza simultáneamente en dos instancias: la firma, que indica el individuo, y el número de matrícula, que indica su posición en una masa. No obstante, encuentra que en las sociedades de control, no prima ni la firma ni el número, sino la cifra que interviene a modo de contraseña. “El lenguaje numérico del control está hecho de cifras, que marcan el acceso a la información, o el rechazo. Ya no nos encontramos ante el par masa-individuo. Los individuos se han convertido en <dividuos>, y las masas, en muestras, datos, mercados o bancos” ^[57]. La vida de un sujeto particular se definía a partir del paso sucesivo por las distintas instituciones de encierro, siguiendo fundamentalmente un desarrollo diacrónico. Ahora, por el contrario, el individuo es seccionado a su interior, ha devenido dividual.

De esta forma, ya no podríamos identificar al sujeto que experimenta el imperativo de la “formación continua” como un in-dividuo. Se mueve en un tiempo sincrónico cargado de una diversidad inimaginable de actividades simultáneas. Como señalara Deleuze es más exactamente un dividuo, lo dividido como tal, aquello que puede estar en muchos lugares a la vez: vive, por ejemplo, el tiempo de la empresa a la vez que el de la capacitación.

Hasta aquí, la reconstrucción de la composición deleuziana de las prácticas del control. A fin de introducir nuevos condimentos a la discusión en torno de las formas contemporáneas de ejercicio del poder seguidamente atenderemos a los aportes hechos desde el denominado “pensamiento de la vigilancia contemporánea” ^[58].

4. LA VIGILANCIA HOY, ¿PANÓPTICO INTENSIFICADO O RADICALMENTE OTRO?

El pensamiento acerca de los mecanismos de vigilancia contemporánea es eminentemente anglosajón: entre sus figuras destacan David Lyon, Reginald Whitaker, Mark Poster, Gary Marx, Frank Webster y

Kevin Robbins. A los fines de este trabajo, nos abocaremos a las producciones de los dos primeros. Atraviesa explícitamente sus análisis el interrogante acerca de si la vigilancia contemporánea constituye una intensificación, una ruptura o una simple continuación de las formulaciones foucaulteanas, arrojando diversas respuestas.

Al igual que Deleuze, escogen como contraparte del debate a las mentadas disciplinas, desconociendo, al menos en sus escritos, las formulaciones del Foucault de los últimos cursos en el Collège de France. Ahora bien, mientras Deleuze, apelará a las disciplinas para diferenciarlas punto por punto de las técnicas del control; tanto Lyon como Whitaker, se mantendrán en una posición menos tajante y más próximos a la imagen del panóptico para pensar la vigilancia contemporánea intentando explorar, no sin dificultades, las distancias que lo separan de su tradicional concepción disciplinaria. Más adelante, exploraremos las vicisitudes e implicancias del recorrido adoptado por cada uno.

El mismo Foucault sostiene que, en el marco del predominio de la razón gubernamental liberal, el panoptismo se presenta como contrapeso necesario de las libertades en tanto el gobierno debe dar lugar a la mecánica natural de los comportamientos y la producción limitándose a la función de la vigilancia y a intervenir sólo cuando algo entorpece el normal desenvolvimiento de esa mecánica general. El panoptismo al que Foucault refiere se mantiene aquí dentro del horizonte disciplinario. Así afirma que “esas famosas técnicas disciplinarias que se hacen cargo del comportamiento de los individuos diariamente y hasta en el más fino de los detalles son exactamente contemporáneas, en su desarrollo, en su explosión, en su diseminación a través de la sociedad, de la era de las libertades”^[59].

La apuesta de los teóricos de la vigilancia contemporánea será precisamente problematizar en qué medida el panoptismo contemporáneo es disciplinario intentando desprender la fusión clásicamente concebida entre ambos términos.

En lo que respecta a David Lyon, coincidiría con Deleuze, en que un rasgo central de las tecnologías de control contemporáneas es su capacidad de desprenderse de la exigencia de la distribución de los cuerpos en un espacio cerrado. Afirma que en la actualidad las nuevas tecnologías fundan una nueva visibilidad, menos ligada a un espacio físico que a un espacio virtual más amplio.

Precisamente, en la contraposición entre la utopía del panóptico de Jeremy Bentham y la distopía del Gran Hermano de George Orwell encuentra nítidamente trazado el paso de un tipo de vigilancia “encerrada” a otra “genérica”. No obstante, considera que la imagen del panóptico hegemoniza el campo de los análisis sobre las modalidades contemporáneas de vigilancia, al punto que la imagen foucaultea del panóptico carcelario habría sido empleada de modo omnicompreensivo y acrítico para la explicación de la vigilancia. Consecuentemente, en cuanto a su productividad actual, advierte que ambos modelos merecen atención aunque también adolecen de limitaciones.

En lo que atañe a los aspectos de continuidad, sostiene que “el panóptico indica el papel de la subordinación por medio de la incertidumbre”^[60]. Dada la invisibilidad de la inspección, la incertidumbre deviene medio de control de los subordinados implicándolos en su propia vigilancia. Asimismo, ya en la figura del panóptico se subraya la función de la información para orquestar el control social a través de la importancia que concede a la acumulación de información a través de detallados registros. Si bien Foucault no hizo referencia a la relevancia de los ordenadores como medio de control social, su extensión podría suponer la casi perfección del principio de disciplina por inspección invisible vía recopilación de información^[61].

Sin embargo, el panóptico de Bentham, exigía el aislamiento de los prisioneros a partir de su confinamiento en un dispositivo de reclusión y vigilancia y la supervisión directa de los mismos gracias al potencial arquitectónico del edificio que los contenía.

Por otra parte, valora la figura del Gran Hermano la cual, conforme es descrita en *1984*, aparecía en la telepantalla de edificios públicos y privados y podía recoger todo sonido más alto que un susurro y visualizar todo aquello que permaneciera dentro del campo de visión de la pantalla. Como en el panóptico, no había modo de saber si en un momento se estaba siendo observado o no, por lo que permitía mantener una vigilancia constante e imperceptible.

El Gran Hermano requería de una engorrosa maquinaria administrativa a manos del Estado, desde donde provenía la principal amenaza. Las sociedades de vigilancia actuales, por el contrario, no requieren de semejante dispositivo administrativo. Empero, si bien su interpretación requiere actualización, la importancia de esta figura radica, según Lyon, en vislumbrar el tránsito hacia formas de vigilancia que se acoplan a la rutina diaria de los individuos, captándolos adonde vayan, sin exigir su presencia prolongada en una institución determinada. Se trata de un dispositivo de vigilancia que señala el ingreso en una época de vigilancia “genérica”, que opera gracias a focos dispersos de control. Así, Lyon asume que “aunque la vigilancia moderna se ha originado en instituciones específicas tales como el ejército, la empresa y los departamentos gubernamentales, hoy se ha extendido a todas las áreas de la vida”^[62].

En este sentido, cabe aclarar que el mismo Foucault advirtió que el panoptismo, en su función de contrapeso en el marco de una forma de gobierno liberal, “no es una mecánica regional y limitada a instituciones”^[63]. No obstante, no se interrogó -o quizás no le interesó interrogarse- si ese panoptismo desligado de su ancla institucional continuaba o no siendo disciplinario. Sobre este punto giran las intervenciones de Lyon, así como también de Whitaker.

La vigilancia, continuando con el planteo de Lyon, se expande de modo sutil y discreto; se ejerce, en gran parte, de forma oculta y hasta voluntaria por parte de sus víctimas; y despliega efectos menos tangibles, más indirectos y complejos. De allí que, frecuentemente sus implicancias se consideran sólo como beneficios sociales positivos^[64]. Ello es posible ya que “datos precisos de nuestras vidas se recogen, almacenan, recuperan y procesan diariamente dentro de enormes bases de datos informáticas que pertenecen a grandes empresas y departamentos gubernamentales”^[65]. El empleo de métodos electrónicos para una vigilancia menos conspicua es un instrumento primordial del cambio de tendencia que se dio hacia un uso cada vez más destacado de métodos más sutiles y menos coercitivos.

La vigilancia en sí misma no es un fenómeno novedoso: está estrechamente vinculada a nuestra adaptación al orden social vigente y ha sido y es un medio de control social^[66]. Incluso, considera que cierta forma de vigilancia es un rasgo inherente – y no necesariamente negativo- de todas las sociedades humanas. No obstante, defiende que las tendencias específicas que ha asumido a fines del siglo XX exigen una atención específica e imponen el interrogante acerca de si “el tipo de vigilancia que caracterizó el desarrollo de la modernidad ¿está siendo suplantado por una nueva vigilancia (...), o es simplemente una intensificación de la antigua vigilancia?”^[67].

En este sentido, se pregunta si el cambio de la “vigilancia de papel” a la “vigilancia electrónica” constituye una diferencia significativa de modo de conllevar una “nueva” situación, asumiendo que el paso de la documentación con soporte de papel a la documentación digital anuncia cambios profundos. No obstante, éstos no tienen que ver, como a primera vista, podría suponerse con la creación de sujetos

estadísticos de información puesto que ya éramos “súbditos de datos” antes de la expansión de las computadoras.

Lo que las nuevas tecnologías facilitan es una modificación en la naturaleza y extensión de la vigilancia, de modo que esta deviene un rasgo central y omnipresente de la vida social. Nos encontramos bajo vigilancia en las rutinas cotidianas de la vida en un grado sin precedentes a partir de una penetración más profunda de la vigilancia haciendo más eficaces, extendidos y simultáneamente menos visibles muchos procesos que ya estaban en marcha ^[68]. Por lo tanto, Lyon afirma que existe una nueva vigilancia que supone un control social más estrecho y cuyo elemento decisivo es el deslinde con respecto a la exigencia del encierro posibilitada por las nuevas tecnologías electrónicas.

Por su parte, Reginald Whitaker, a diferencia de Deleuze y Lyon, interpreta la situación actual como una intensificación del panoptismo en vez de hablar en términos de un nuevo tipo de vigilancia. Reconoce, al igual que aquellos, la huella primordial del desarrollo de los dispositivos electrónicos. “Con las nuevas tecnologías que permiten recoger, procesar, acumular y recuperar información, las tendencias panópticas de la sociedad moderna aumentan de forma desmesurada, tanto en sus posibilidades como en su eficacia” ^[69]. Además, también enfatiza en la innecesidad del aislamiento de los sujetos bajo vigilancia como uno de los elementos fundamentales de las nuevas formas de control. En este sentido, señala que la obediencia en el dispositivo ideado por Bentham, si bien era confiada a la vigilancia que conduciendo a los prisioneros a la interiorización de la ley tornaría innecesaria la coerción, sigue descansando, en última instancia, en la amenaza coercitiva. Por lo tanto, los sujetos del panóptico están bajo vigilancia porque, justamente, son prisioneros privados de su libertad civil ^[70]. Todas las instituciones a las que Bentham creía posible aplicar el principio panóptico se basan similarmente en diferentes grados de coerción.

De allí que, “el nuevo panóptico difiere del antiguo en dos aspectos fundamentales: está descentralizado y es consensual” ^[71]. Las nuevas tecnologías de la información ofrecen una omnisciencia real y no fingida, al mismo tiempo que sustituyen al inspector por una miríada de inspectores que, desde diferentes direcciones y en busca de cosas diferentes, pueden actuar tanto al unísono como competitivamente entre ellos. “El Centro de Mando y Control o el Ojo único ya no son necesarios, puesto que puede conseguirse el mismo efecto mediante una multitud dispersa, incluso competitiva, de ojos que, en su totalidad, forman un sistema de vigilancia más dominante y penetrante que el de Orwell” ^[72].

Es por ello que el ojo unívoco que todo lo ve desde la torre de control desaparece en favor de una multiplicidad de ojos, co-extensos al cuerpo social. Se trata de una vigilancia que concierne a las acciones ordinarias y cotidianas de retirar dinero de un cajero automático, efectuar una compra o una transacción financiera, realizar una llamada telefónica, utilizar una tarjeta de crédito o sacar libros de la biblioteca, siendo el registro de tales acciones cada vez más completo, de modo de quedar brevemente iluminados por un panóptico que ha devenido ubicuo y descentralizado. Ello en tanto, cada vez más, la participación en cualquier aspecto de la vida depende de nuestra relación con bases de datos informáticas. De este modo, Whitaker complejiza la referencia a la independización de la exigencia de una espacialidad cerrada ligándola a una suerte de descentralización que es posibilitada por una vigilancia que se ejerce desde y a partir de múltiples focos. En este sentido, no deja de resultar llamativa la insistencia de Whitaker en denominar como nuevo panoptismo a un modo de vigilancia cuya principal característica es que se ha desprendido del significado más estrictamente epistemológico del término: *un* ojo que todo lo ve. Más allá de esto, es él quien más claramente comprende las implicancias del deslinde con respecto al amarre institucional.

En este sentido, advierte la modificación de una segunda variable estrechamente ligada a la innecesidad de una vigilancia encerrada: si el nuevo panóptico no exige el aislamiento es porque se ha vuelto eminentemente consensual en el sentido de que *induce* la conformidad de los sujetos. Puntualicemos en este aspecto.

En términos similares a los expuestos por Lyon, asume que la fuerza del nuevo complejo tecnológico reside en la participación voluntaria de la gente gracias a los beneficios y ventajas que puede apreciar, con lo cual es menos propensa a percibir los inconvenientes y las amenazas ^[73]. Ahora bien, liga este aspecto a la capacidad de las nuevas tecnologías para individualizar progresivamente al nuevo sujeto consumidor ^[74]. En este sentido, a diferencia de Deleuze, considera que el nuevo panóptico mantiene en este punto una “ semejanza estructural ” con su predecesor, en tanto individualiza a los sujetos a los que interpela. El análisis, al respecto, se aboca exclusivamente a la vigilancia en el consumo, no a título ejemplificativo sino en tanto se le otorga una relevancia primordial en el marco de las sociedades contemporáneas.

Encuentra que se procede a una diferenciación cada vez más minuciosa de los gustos y preferencias de diferentes grupos sociales así como a la identificación de las preferencias personales de determinados consumidores con un poder adquisitivo acorde. Es así que, “ cuando la vigilancia panóptica se dirige e interpela a los sujetos individuales, lo hace mediante la comprensión de sus necesidades y la satisfacción de sus deseos ” ^[75]. Ahora bien, el reconocimiento panóptico de necesidades y expectativas diferenciadas y el pretendido “ consumo multicultural ” no dejan de implicar la exclusión de millones a causa del “ riesgo ” que representan ^[76].

A continuación, presentaremos algunas referencias a los mecanismos de esta vigilancia en el consumo y sus presupuestos de exclusión no como objeto directo y primero de análisis, sino sólo en tanto pretendemos recuperar ciertos aportes que Lyon y Whitaker han hecho al respecto como insumo para problematizar los entrecruzamientos entre diversas lógicas de ejercicio del poder.

5. EXPLORANDO LOS CRUCES

Lyon enfatiza que gran parte de la vigilancia contemporánea es comercial de modo que “ el consumo puede estar desplazándose de forma sutil pero crucial hacia el centro de la existencia social contemporánea dentro de las sociedades tecnológicamente avanzadas, con implicaciones a largo plazo para el orden social ” ^[77].

Esta vigilancia se desarrolla mediante la acumulación de información transaccional. Así, los datos de consumo personal se han convertido en una mercancía y dicha información es utilizada para intentar influir en el comportamiento de consumo. De allí que, la vigilancia e investigación electrónica se combine con la publicidad -sobre todo, aquella que circula por correo electrónico y telefónicamente- en la pretensión de influir y canalizar la conducta de quienes son objeto de vigilancia ^[78].

La fuerza dominante reside en un control consensuado de seducir para alcanzar la conformidad mediante los atractivos, comodidades y placeres que es capaz de ofrecer. Quienes son “ seducidos ” por los imperativos del consumo, son socialmente integrados no por la imposición de normas disciplinarias sino por la provisión de una estructura para canalizar la conducta dentro de la cual es posible efectuar elecciones reguladas.

Es así que, el panóptico disciplinario se estaría eclipsando bajo la superior égida del consumismo y sólo aquellos impedidos de participar en el consumo, experimentarían las durezas de la vigilancia institucional y punitiva. “En las circunstancias contemporáneas el consumismo actúa en sí mismo como un instrumento significativo para mantener el orden social, dejando que las antiguas formas de vigilancia y control se encarguen del residuo no-consumidor”^[79]. En este sentido, Lyon sostiene que es necesario distinguir formas exclusivas y quizás punitivas de control, que pueden ser coercitivas y de las cuales se ocupa el panóptico, y otras más sutiles, que dependen de crear los hábitos de conductas deseadas. Afirma puntualmente: “en la actualidad, el consumismo contribuye en gran medida al mantenimiento del orden social, el panóptico se ocupa de quienes quedan fuera del mercado”^[80].

La práctica del cotejo informático de datos, que permite a los sistemas informáticos correlacionar datos procedentes de diversas fuentes y seguramente recopilados con finalidades distintas, no sólo se utiliza para otorgar beneficios personalizados, sino también para identificar confidencialmente categorías de individuos “riesgosos”. Es así que, en este sentido, la expansión de las tecnologías informáticas tendería a ahondar la posición de particular desventaja de los sectores ya desfavorecidos en la medida en que la disposición de información se utiliza para excluir el “riesgo”. En términos similares, Whitaker sentencia: “el mismo panóptico que otorga ventajas y beneficios inclusivos, castiga con la exclusión”^[81].

Así como se personalizan, se individualizan, los privilegios, se selecciona a quienes serán excluidos ya que aquello que se identifica como “riesgoso” debe ser gestionado y contenido^[82]. Es más, la capacidad de otorgar beneficios personalizados depende de la identificación y exclusión del riesgo.

Ciertos métodos panópticos disciplinarios pueden subyacer a las técnicas de vigilancia utilizadas para seducir. Ahora bien, el resto no consumidor o con escasa capacidad de consumo es sujeto a “estrechas regulaciones normativas en las que las capacidades excluyentes del panóptico rigen por sí mismas”^[83].

Así, estas disquisiciones nos muestran un punto de cruce entre las técnicas disciplinarias y el arte de gobernar lo menos posible. Se trata de la reactivación de las técnicas disciplinarias con relación a aquellos que no están en condiciones de adecuarse a las exigencias de una vigilancia a distancia y de elecciones reguladas. Por lo tanto, cuando la producción de las “condiciones subjetivas” acordes a una racionalidad y tecnología liberal falla, las respuestas se formulan en términos disciplinarios, lo cual refuerza la idea de la contemporaneidad de las disciplinas en un marco predominantemente liberal.

Estimamos, asimismo, que esas técnicas que se ponen en marcha se condicen con lo que hemos denominado como vigilancia correctiva. Así, cuando no se cuenta con una voluntad dispuesta y/o capaz de obedecer a los patrones actuales de gobierno, se disponen técnicas correctivas.

A su vez, esta articulación disciplinaria-liberal evidencia otro aspecto de interés referente a que la distinción y confluencia entre diversas tácticas de gobierno se acopla a la diferenciación entre sectores sociales, definidos éstos en función a sus posibilidades de participación en el consumo. Destacamos este punto ya que creemos que es una clave de lectura sumamente fructífera a la hora pensar en cómo se articulan los mecanismos de poder en contextos históricos puntuales.

Por otra parte, afirma Whitaker “los consumidores (...) aprenden a ser <buenos> no porque sea moralmente preferible a ser <malos> sino porque no existe ninguna opción concebible, más allá de la exclusión”^[84]. Esto nos conduce a interrogarnos si es que la exigencia de excluir el riesgo opera sólo como condición para mantener la seguridad dentro del cerco de la inclusión o si tiene alguna otra productividad. En este sentido, vislumbramos a partir de aquella cita la posibilidad de que lo riesgoso constituya un medio de gobierno de los incluidos. Producir un cerco seguro, donde es posible actuar

conforme una libertad regulada, requiere despojarse del peligro. La posibilidad de la exclusión, reactualizada por la presencia de aquellos excluidos del mundo del consumo, tendría efectos de gobierno sobre la conducta de quienes están del lado interno de la frontera de exclusión. Posee una productividad específica con relación a los sujetos del autogobierno: regula sus posibilidades de acción. Ahora bien, el temor no sólo a la exclusión sino también a los peligros mismos puede oficiar como medio normalizador, por lo cual no se trata simplemente de contener los peligros sino de administrarlos, hacerlos jugar, regularlos.

Lyon y Whitaker si bien no lo profundizan, vislumbran que la co-presencia entre “seducidos” y “riesgosos” condensa gran productividad para leer los modos de ejercicio del poder en las sociedades contemporáneas, y advierten que no se trata de mera confluencia histórica sino que son las dos caras de una misma moneda de modo que su coexistencia es una necesidad de los modos de vigilancia contemporánea.

En esta línea, una contribución de Foucault sumamente interesante ha sido expuesta en “Nuevo orden interior y control social” donde esboza, en una suerte de apuesta en torno a la vigencia de su pensamiento, lineamientos para pensar los modos de ejercicio del poder que lo interpelaban en su presente inmediato.

En este sentido, centrándose en el despliegue del poder estatal, afirma que hasta entonces el Estado había funcionado como una especie de *Estado-Providencia*, caracterizado por una disciplina exhaustiva ejercida de forma incesante, puntillosa e ilimitada sobre todos y cada uno de los individuos; mientras que ahora el nuevo orden interior obedece a una nueva economía^[85]. Nos interesa a los fines de este trabajo recalar en los aspectos que Foucault reconoce como característicos de esta nueva economía del poder en tanto reseña –si bien a modo prácticamente de esbozo- elementos centrales que estamos presentando a lo largo del trabajo.

El primer aspecto de esta nueva economía del poder es la localización de un cierto número de zonas que denomina “zonas vulnerables” en las que se procura que no suceda nada; “zona de peligrosidad, de extrema vulnerabilidad, donde se ha decidido que no se cederá en absoluto, y donde las penas son mucho más numerosas, más fuertes, más intensas, más despiadadas”^[86].

A estas zonas de peligrosidad se acopla el segundo elemento que compone el esquema: el reconocimiento de márgenes de tolerancia que adquieren un carácter regulador. “El segundo aspecto -ciertamente interrelacionado con el primero-, es una especie de tolerancia: la puntillosidad policíaca, los controles cotidianos -bastante torpes- van a relajarse puesto que, finalmente, es mucho más fácil dejar en la sociedad un cierto porcentaje de delincuencia, de ilegalidad, de irregularidad”^[87]. Así, podríamos suponer que estos márgenes de tolerancia operan sobre la base de la conjunción entre ilegalismos tolerados y gobierno liberal, o más bien, nos inducen a pensar en la necesidad del vínculo entre ambos. En otros términos, el principio “dejar hacer, dejar pasar” supone que cierto nivel o porcentaje de ilegalismos han de ser tolerados.

Asimismo, sumamente importante es que identifica como tercer aspecto al despliegue de un sistema de información como requisito necesario para poder intervenir de forma precisa e intensa en las zonas de vulnerabilidad así como para controlar desde lejos los márgenes de tolerancia. La información así recopilada no tendría como objetivo la vigilancia de cada individuo, sino, más bien, la posibilidad de actuar en cualquier momento allí donde se produzca la creación o constitución de un peligro, allí donde aparezca algo absolutamente intolerable para el poder^[88].

Ahora bien, a los fines de la problematización que veníamos exponiendo, nos interesa más bien destacar que Foucault advierte que la demarcación de zonas de peligrosidad y de márgenes de tolerancia se encuentra en conexión y las postula como dos de los aspectos principales de la nueva economía del poder. No obstante, no avanza aquí en la teorización respecto a los caracteres que adquiere esa vinculación.

En cambio, creemos interesante retomar en este punto la problemática relación entre seguridad y libertad esbozada en la primera sección del trabajo en tanto consideramos que volver a interrogarnos por esa relación luego del camino transitado nos conduce a revalorar sus implicancias a la luz del lugar que ocupa la producción de peligros diversos en las sociedades contemporáneas.

Foucault plantea en el curso *Nacimiento de la Biopolítica* que el nuevo arte de gobernar consume libertad y por ello está obligado a producirla; justamente se propone fabricarla. Respecto de dicha producción los dispositivos de seguridad aparecen como su costo, siendo absolutamente correlativos. El liberalismo exige la puesta en práctica de mecanismos de seguridad en tanto requiere administrar peligros ya que el juego seguridad/libertad debe garantizar que los individuos estén expuestos lo menos posible a los peligros.

Ahora bien, si el liberalismo como mecanismo de gobierno supone que la libertad no es un mero dato sino que es preciso producirla, y ello exige regular peligros mediante mecanismos de seguridad, Foucault advierte que la divisa de este modelo de gobierno será que los individuos se vean a perpetuidad en una situación de peligro ya que precisamente en el arbitraje del peligro el liberalismo encuentra su razón de ser. Así, Foucault ve aparecer una cultura de los peligros asociada a la percepción acerca de la invasión de peligros cotidianos, variables y perpetuamente reactualizados. Es más, afirma que el temor al peligro es el correlato psicológico y cultural interno del liberalismo^[89]. Estos postulados pueden ser interpretados en el sentido de que el peligro es lo que exige y, de algún modo, legitima la intervención de mecanismos de seguridad en el contexto del Gobierno Liberal. Ahora bien, una vez transitada la lectura de Lyon y Whitaker, cuando volvemos a ese pasaje de la obra foucaultiana, adviene una segunda interpretación, que no desmerece la primera sino que la complementa. Inducir a los individuos a experimentar su propia vida como expuesta constantemente a peligrosos varios, superpuestos, diversos pero fundamentalmente cotidianos, gobierna nuestras posibilidades de acción; constituye una táctica de gobierno en sí. Es por ello que no sólo es preciso producir libertad sino también administrarla y en este sentido, consideramos que el temor al peligro constituye un medio de gobierno de las posibilidades de acción. El temor estructura, y por tanto, condiciona, nuestro campo de acción, predispone hacia conductas esperadas, actuando no sobre nosotros sino sobre las posibilidades de conducirse, ejerciendo una acción “medioambiental”. Quizás precisamente el temor al peligro inminente, temerosamente cercano, al que constantemente estamos expuestos, sea una condición para el ejercicio de un modo de gobierno que ha roto las fronteras institucionales, que se ejerce en espacios abiertos y a distancia.

6. CONCLUSIONES

Comenzamos este trabajo siguiendo los pasos de una apuesta de interpretación, una “jugada cartográfica” hecha sobre la base del pensamiento foucaulteano. Nos referimos a la tendencia a la economización del poder como supuesto o guía de inteligibilidad que subyace a la reconstrucción de las tecnologías predominantes. Lectura que, afirmamos, se entronca, se complementa y es complejizada por las perspectivas más recientes, esbozadas tanto en términos de control como de vigilancia.

Todas ellas tributando a la interpretación de las nuevas fuerzas como un poder apaciguado, serenado, pero insistente, penetrante e íntimo, que desplegándose en espacios abiertos desligados de su ancla institucional, encuentra el puntapié para un despliegue prácticamente imperceptible, sigiloso y precisamente por ello más eficiente. Un poder que irrumpe y nos acompaña en nuestras dinámicas cotidianas, vehiculizado por focos de control dispersos y diversos; ultrarrápidos, que modulan la conducta a distancia pero de manera continua.

Estos son creemos los rasgos que presentes en la descripción foucaultea de los formas modernas de ejercicio del poder, especialmente de los mecanismos de seguridad, han sido complejizados tanto por Deleuze como por Lyon y Whitaker. Es así que, si bien resulta llamativo que proponiéndose desentrañar cómo operan contemporáneamente los dispositivos de poder, no hiciesen mención a los mecanismos reguladores, interpretamos sus aportes en términos de continuidad, profundización y complementación del pensamiento foucaulteano. Leídos bajo esta clave constituirían, con sus matices y resoluciones en parte coincidentes y en parte disonantes, apuestas desde las que sostener la potencialidad del pensamiento foucaulteano en relación con las técnicas actuales de gobierno, mostrando la vigencia de sus planteos.

En este recorrido, se nos impuso como un interrogante central el lugar de las técnicas disciplinarias en el marco de aquellas formas de gobierno a distancia, es decir, la pregunta por las modalidades de su articulación. Arribamos así a la afirmación de que éstas juegan un rol esencial -aunque no se reducen a ello- en las formas de respuesta inducidas frente a aquellos que no se adecúan a las exigencias de las nuevas fuerzas. Es así que si el gobierno puede ser frugal es precisamente en tanto se asegura de que existan otras prácticas que no admite en primera persona evidenciando facetas oscuras y difícilmente perceptibles del supuesto repliegue del poder.

Asimismo, como parte de dicho cuestionamiento en cuanto a los entrecruzamientos entre diversas formas de gobierno, problematizamos la función de contrapeso asignada por Foucault al panoptismo en un marco de gobierno liberal. Así, consideramos que ese gobierno que requiere ejercerse como mirada distante pero constante, desplegada en circuitos abiertos, a fin de producir espacios de libertad donde las conductas puedan ser inducidas, dispone una modalidad de vigilancia que fundamentalmente pone en jaque de modo simultáneo la centralización inherente a la estructura panóptica así como la circunscripción espacial como medio propio de las técnicas disciplinarias. Vigilancia entonces que, como siempre “todo lo ve” pero ya no desde el ojo dibujado por la torre de control en el marco de un espacio institucional especialmente diseñado sino a partir de dispositivos descentralizados y desinstitucionalizados.

Por último, reconstruimos y reconocimos diversos “usos” de la peligrosidad en los tiempos contemporáneos. Consideramos que su existencia, constantemente presentificada en blancos móviles, constituye una condición de aceptabilidad e incluso legitimación de los dispositivos de vigilancia y un

medio de canalización y extensión de la visibilidad al conjunto social, constituyéndonos en objeto de vigilancia. Asimismo, sostuvimos que su regulación representa un medio de mantener los márgenes seguros de libertad en el marco de un gobierno que se propone fabricarla. Finalmente, y fundamentalmente, nuestra apuesta se dirigió a focalizar en que el temor a los peligros así como a la posibilidad de la exclusión condiciona nuestros espacios de maniobra, incide en nuestras percepciones, estructura nuestras posibilidades, en fin, nos gobierna. Así, una cultura de los peligros cotidianos constituiría el correlato de una modalidad de *vigilancia al aire libre*, demandando la identificación, precisamente, de *peligros al aire libre*, próximos, y no sólo visibles en sujetos institucionalizados. Gobierno no sólo *de los peligros* sino también *por los peligros*.

Referencias

- [1] Este escrito es el producto de un trabajo realizado en el marco del Doctorado en Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires.
- [2] FOUCAULT, Michel, *Vigilar y Castigar. El nacimiento de la prisión*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2002, p. 161.
- [3] FOUCAULT, Michel, “El sujeto y el poder”, en: DREYFUS, Hubert y RABINOW, Paul, *Michel Foucault: más allá del estructuralismo y la hermenéutica*, Ed. Nueva Visión, Buenos Aires, 2001, p. 254.
- [4] DE MARINIS CÚNEO, Pablo, “Gobierno, Gubernamentalidad, Foucault y los anglofoucaultianos (Un ensayo sobre la racionalidad política del neoliberalismo)”, en: GARCÍA SELGAS, Fernando y RAMOS TORRES, Ramón (Eds.), *Retos actuales de la teoría social: globalidad, reflexividad y riesgo*, Centro de investigaciones Sociológicas, Madrid, 1999, p. 82-83.
- [5] DÁVILO, Beatriz y GERMAIN, Marisa, “Foucault y la analítica de lo político”, *Revista Temas y Debates*, nro. 1, Facultad de Ciencia Política y RR.II., Rosario, 1996, p. 48.
- [6] SENELLART, Michel, “Situación del curso”, en: FOUCAULT, Michel, *Seguridad, territorio, población*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2006, p. 437.
- [7] DELEUZE, Gilles, “Posdata sobre las sociedades de control”, en: FERRER, Christian (Comp.), *El lenguaje literario*, Tº 2, Ed. Nordan, Montevideo, 1991.
- [8] FOUCAULT, Michel, *Defender la sociedad*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2008, p. 43.
- [9] FOUCAULT, Michel, *Los anormales*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2007, p. 50.
- [10] FOUCAULT, Michel, *Seguridad, territorio, población*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2006, p. 20.
- [11] CASTRO, Edgardo, *El Vocabulario de Michel Foucault: Un recorrido alfabético por sus temas, conceptos y autores*, Ed. Universidad de Quilmes, Bs As, 2004.
- [12] FOUCAULT, Michel, *El poder psiquiátrico*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2008, p. 63.
- [13] DELEUZE, Gilles, “¿Qué es un Dispositivo?”, en: VV.AA., *Michel Foucault, Filósofo*, Barcelona, Gedisa, 1990.
- [14] FOUCAULT, Michel, *El poder psiquiátrico*, op. cit., p. 66.
- [15] FOUCAULT, Michel, *Defender la sociedad*, op. cit., p. 44.
- [16] FOUCAULT, Michel, *Vigilar y Castigar. El nacimiento de la prisión*, op. cit., p. 233.
- [17] FOUCAULT, Michel, *La verdad y las formas jurídicas*, Gedisa, Barcelona, 2003, p. 43.
- [18] FOUCAULT, Michel, *El poder psiquiátrico*, op. cit., p. 67-68.
- [19] *Ibíd*em, p. 77.
- [20] *Ibíd*em, p. 66.
- [21] FOUCAULT, Michel, *La verdad y las formas jurídicas*, op. cit., p. 61.
- [22] FOUCAULT, Michel, *Seguridad, territorio, población*, op. cit., p. 28.
- [23] DELEUZE, Gilles, “Posdata sobre las sociedades de control”, op. cit.
- [24] FOUCAULT, Michel, *Seguridad, territorio, población*, op. cit., p. 35-36.
- [25] FOUCAULT, Michel, *La verdad y las formas jurídicas*, op. cit., p. 58.
- [26] FOUCAULT, Michel, *El poder psiquiátrico*, op. cit., p. 73.
- [27] FOUCAULT, Michel, *Vigilar y Castigar. El nacimiento de la prisión*, op. cit., p. 213.
- [28] FOUCAULT, M., *El poder psiquiátrico*, op. cit., p. 74.

[29] *Ibíd.*, p. 76.

[30] *Ibíd.*

[31] FOUCAULT, Michel, *La verdad y las formas jurídicas*, op. cit., p. 43.

[32] *Ibíd.*, p. 57.

[33] FOUCAULT, Michel, *Vigilar y Castigar. El nacimiento de la prisión*, op. cit., p. 208.

[34] *Ibíd.*

[35] FOUCAULT, Michel, *El poder psiquiátrico*, op. cit., p. 73.

[36] FOUCAULT, Michel, *Nacimiento de la biopolítica*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2007, p. 67.

[37] FOUCAULT, Michel, *Seguridad, territorio, población*, op. cit., p. 66-67.

[38] Este carácter abierto y centrífugo da cuenta de una reformulación en el pensamiento de Foucault respecto de los planteos que formulara en el marco del curso *Defender la sociedad*, ya que por entonces, esta tecnología regularizadora era entendida en vinculación únicamente a la neutralización de peligros biológicos en el marco del despliegue de mecanismos biopolíticos. Por esto, hablar de mecanismos de seguridad en lugar de biopolíticos, conlleva una considerable ampliación de las esferas y objetos posibles de intervención, si bien, en cuanto a las dinámicas operativas presentan una relación de continuidad y profundización.

[39] FOUCAULT, Michel, *Seguridad, territorio, población*, p. 79.

[40] ESPOSITO, Roberto, “Toda filosofía es en sí política”, entrevista realizada por CASTRO, Edgardo, en: *Revista Ñ*, 12/03/2005. [en línea: 02/02/2011] Disponible en: <http://www.edant.clarin.com.ar>

[41] ESPOSITO, Roberto, *Immunitas. Protección y negación de la vida*, Amorrortu, Buenos Aires, 2005, p. 17.

[42] *Ibíd.*, p. 18.

[43] En este sentido, permite pensar el proceder de *exclusión por inclusión* destrabada de la ligazón con que se encontraba en el curso *Defender la sociedad* con el concepto de racismo. Allí, Foucault plantea que dentro de un marco biopolítico, sólo es posible dar muerte bajo la forma de un racismo biológico que despoja a las vidas que ha de dar muerte de todo valor vital y, consecuentemente, las extermina como peligro biológico. Este es el devenir tanatopolítico de la biopolítica, sólo en apariencia incongruente con ésta ya que se trata de dos reversos de una misma tecnología; de dos facetas absolutamente intrincadas y complementarias; inmanentes en tanto la muerte aparece como fuente de regeneración de la vida. No obstante, cabe advertir que el concepto de “inmunidad” espositiano se mantiene atado al paraguas biopolítico.

[44] FOUCAULT, Michel, *Dichos y escritos*, vol. III, Edición Gallimard, París, 1994, p. 635.

[45] FOUCAULT, Michel, *Nacimiento de la biopolítica*, op. cit., p. 44.

[46] DE MARINIS CÚNEO, Pablo, “Gobierno, Gubernamentalidad, Foucault y los anglofoucaultianos (Un ensayo sobre la racionalidad política del neoliberalismo)”, op. cit, p. 78.

[47] DELEUZE, Gilles: “Posdata sobre las sociedades de control”, op. cit.

[48] *Ibíd.*

[49] *Ibíd.*

[50] *Ibíd.*

[51] *Ibíd.*

[52] DELEUZE, Gilles, Entrevista de Antonio Negri a Gilles Deleuze, en: *Magazín Dominical*, nro. 511, “Dossier Deleuze-Guattari”, febrero 7 de 1993, p. 14-18. Disponible en: http://www.ddooss.org/articulos/entrevistas/Deleuze_Toni_Negri.htm

[53] DELEUZE, Gilles: “Posdata sobre las sociedades de control”, op. cit.

- [54] MONTENEGRO VARGAS, Gonzalo, “Dilemas relativos a la ‘formación continua’. Un análisis desde la perspectiva de Foucault y Deleuze”, en Revista *Hoja de ruta*, nro 13, 2007. Disponible en: http://www.hojaderuta.org/ver_articulos.php?id_texto=230&id_revista=23
- [55] DELEUZE, Gilles, *El pliegue. Leibniz y el Barroco*, Paidós, Barcelona, 1989.
- [56] DELEUZE, Gilles: “Posdata sobre las sociedades de control”, op. cit.
- [57] *Ibídem*.
- [58] RODRÍGUEZ, Pablo, “¿Qué son las sociedades de control?”, en: Revista *Sociedad*, Nro.27, Facultad de Ciencias Sociales (UBA), Buenos Aires, 2008, p. 177-192.
- [59] FOUCAULT, Michel, *Nacimiento de la biopolítica*, op. cit., p. 87-88.
- [60] LYON, David, *El ojo electrónico. El auge de la sociedad de la vigilancia*, Alianza, Madrid, 1995, p. 115.
- [61] *Ibídem*, p. 99.
- [62] *Ibídem*, p. 19.
- [63] FOUCAULT, Michel, *Nacimiento de la biopolítica*, op. cit., p. 89.
- [64] LYON, David, *El ojo electrónico. El auge de la sociedad de la vigilancia*, op. cit., p. 30.
- [65] *Ibídem*, p. 18.
- [66] *Ibídem*, p. 19.
- [67] *Ibídem*, p. 37.
- [68] *Ibídem*, p. 61-65.
- [69] WHITAKER, Reginald, *El fin de la privacidad. Cómo la vigilancia total se está convirtiendo en realidad*, Paidós, Madrid, 1999, p. 61.
- [70] *Ibídem*, p. 49-50.
- [71] *Ibídem*, p. 172.
- [72] *Ibídem*, p. 173.
- [73] *Ibídem*.
- [74] *Ibídem*, p. 177.
- [75] *Ibídem*.
- [76] *Ibídem*, p. 183-186.
- [77] *Ibídem*, p. 118.
- [78] *Ibídem*, p. 104-105.
- [79] *Ibídem*, p. 92.
- [80] *Ibídem*, p. 109.
- [81] *Ibídem*, p. 175.
- [82] LYON, David, *El ojo electrónico. El auge de la sociedad de la vigilancia*, op. cit., p. 60.
- [83] *Ibídem*, p. 110.
- [84] WHITAKER, Reg, *El fin de la privacidad. Cómo la vigilancia total se está convirtiendo en realidad*, op. cit., p. 175.
- [85] FOUCAULT, Michel, “Nuevo Orden interior y control social”, en: *Saber y Verdad*, La Piqueta, Madrid, 1991, p. 165.
- [86] *Ibídem*.
- [87] *Ibídem*.
- [88] *Ibídem*, p. 165-166.
- [89] FOUCAULT, Michel, *Nacimiento de la biopolítica*, op. cit., p. 89.